

CAPÍTULO I

La universidad como orden de poder vulnerable al poder

1. La universidad como orden de poder

EL SISTEMA UNIVERSITARIO ES UN ORDEN de poder. Todos los discursos sobre pluralismo, calidad de la educación superior, investigación, cohesión social, movilidad social, expansión de la cultura, ilustración, emancipación, desarrollo económico, formación de capital humano, etcétera, vienen a integrarse en un sistema en el cual, a fin de cuentas, se trata también de poder.

En la universidad no solo se produce investigación técnico-científica. Además, en ella se generan interpretaciones de la sociedad y allí se educan las futuras élites del país. Cualquier reforma de algún alcance al sistema universitario importa, por tanto, inevitablemente, que, junto con el rediseño del mapa del poder universitario y científico nacional, se redibuje el mapa del poder general en Chile.

Ya la misma investigación técnico-científica, no es puramente técnico-científica, sino que posee implicancias prácticas.¹ El ideal de una ciencia libre de valores ha sido develado hace tiempo como expresión de un interés no explicitado. La ciencia y la técnica se constituyen a partir de una búsqueda de cálculo y control de la realidad. Ella explica la aparición de disciplinas dirigidas a comprender esa realidad normalizadamente, centrando esfuerzos en “reconducir lo desconocido a lo conocido”. El afán de la ciencia normalizante —y la técnica— termina manifestándose, además,

¹ Remito, para lo que señalo en este párrafo, a algo que ya he escrito: H. Herrera, *Más allá del cientificismo*. Santiago 2011.

en resultados que son todo, menos neutrales: un mundo crecientemente disponible, previsible, manipulable, calculable, donde lo excepcional, lo misterioso, lo insondable sobre lo que está asentada nuestra existencia, es soslayado, marginado, reprimido.² Desde Friedrich Nietzsche (de quien es la cita de más arriba³) podemos

² La racionalidad científico-técnica descubre el mundo colocándolo delante nuestro solo bajo algunas de sus facetas, a saber: en lo que allí admite ser calculado y controlado. De esta manera, da pie a un incremento en las relaciones de dominio del hombre sobre la naturaleza, el cual, en la medida en que el ser humano es también natural, significa el incremento correlativo del dominio de él sobre sus semejantes. “La ciencia, en virtud de su propio método y sus conceptos, ha proyectado y fomentado un mundo en el que la dominación de la naturaleza es vinculada con la dominación de los seres humanos, y el vínculo amenaza expandirse como destino fatal sobre ese mundo como tal. La naturaleza, comprendida y dominada por la ciencia, reaparece en el dispositivo de producción y destrucción, que, a la vez que mantiene y mejora la vida de los individuos, los somete a los amos del aparato. De esta manera, la jerarquía racional se fusiona con la social”; Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*. Boston 1964, 166-167. La realidad, que gracias a la ciencia se vuelve calculable y predecible, luego mediante la técnica se hace manipulable, queda reducida a lo que Martin Heidegger llama “existencias” disponibles. Pero, con ello, el ser humano se divide. Por un lado es “señor de la tierra”, dueño de la naturaleza sujeta a sus herramientas y dispositivos. Por otro, sin embargo, se convierte él mismo también en objeto de dominio y control, es transformado en “existencias”; *Vorträge und Aufsätze*. Stuttgart 2000, 30. En la comprensión científico-técnica, la realidad concreta y plural de los entes es nivelada y todos ellos pasan a ser considerados existencias disponibles. La técnica como forma de trato dominante con las cosas y personas, nos cierra el paso hacia ellas mismas. En la existencia tecnológica, las posibilidades de acción se encuentran prefiguradas por el productor de los artefactos sobre los cuales el agente opera. El artefacto es completamente disponible y las posibilidades de ejecución que ofrece son predecibles y acotadas. Actuar en un mundo crecientemente artificial significa entonces actuar sobre una realidad progresivamente fabricada, planificada y en la que el misterio es de antemano excluido, el riesgo clausurado y la existencia pasa a convertirse en una línea sin término de jugadas calculables; la intensidad de la vida con las cosas mismas deviene plana y monótona sucesión de trivialidades. Actuar deja de ser acontecimiento, para volverse trámite, un paso, concebido con antelación, en una serie de pasos posibles.

³ Hay un texto de William Blake, en el cual se contiene, muchísimo antes, algo de esta idea: “Puesto que nadie, viajando sobre tierras conocidas, puede encontrar lo desconocido; entonces desde conocimiento ya adquirido el ser humano no podría adquirir más”; “All Religions are One”, en: *The Complete Poetry & Prose of William Blake*. Nueva York 1988, 1.

pensar con claridad en que la ciencia moderna aloja en su base un miedo a lo desconocido e indeterminado, que la técnica realiza luego como intento de suprimirlo. Un intento imposible, pues toda normalización se apoya en una indeterminación de la existencia que es insuprimible. En ese nivel fundamental, el del interés de la ciencia y la técnica moderna, ya se revela el sistema universitario como un sistema de poder. Hay también una *política* universitaria tras el proyecto científico-técnico y la formación consecuente de los profesionales, especialmente académicos. Sucede aquí lo que indica Ludwig Klages: “Tras el esfuerzo investigativo” —y docente agrego— “se encuentran, exigiendo y conduciendo, los fines de la humanidad” (*Mensch und Erde*. Berlín 2013). El sistema universitario es un sistema de poder que prefigura los modos de aproximación a la realidad.

Pero, además, el sistema universitario es un sistema de poder en al menos otros dos sentidos relevantes. Allí tienen lugar interpretaciones de la realidad, capaces de modificarla (de hecho, ya la misma comprensión científico-técnica es una interpretación de la realidad capaz —y sabemos hasta qué punto!— de modificarla). En la universidad intervienen cosmovisiones e ideologías y se goza del tiempo para dar forma a teorías y argumentos aptos para convencer a los pares y a los estudiantes. Es de sus aulas que ha emergido la crítica develadora de los intereses ocultos tras la racionalidad científico-técnica y sus efectos manipulativos y banalizadores (cf. por ejemplo, las indagaciones de Nietzsche, Weber, Schmitt, Heidegger, Marcuse, Henry o Habermas). Este mismo texto y casi todos los libros sobre la universidad en Chile, se han escrito en la universidad. En la universidad también se desarrolló una extensa lista de autores, que incluye a Kant, Fichte, Hegel, Popper, Adorno, Berlin y Rawls, de amplias repercusiones en la realidad política. Aunque en nuestro país no ha habido interpretaciones universitarias completamente autóctonas y capaces de construir masivamente la realidad, sí han existido

adaptaciones a la situación chilena, en algunos casos originales, de producciones intelectuales destacadas, mediante elaboraciones que han tenido influencia en nuestra historia política, social y económica.

El sistema universitario es además un orden de poder porque en él se educa a las futuras élites del país. La cantidad y cualidad de las cátedras en las áreas menos “técnicas” y más “humanistas”, “comprensivas” o “interpretativas”, su eventual distribución entre grupos heterogéneos o, al contrario, su concentración en conjuntos ideológicamente homogéneos, determinan la mentalidad y el talante de los que, luego de unos años, serán “los que mandan en Chile”. No conocemos hasta ahora una organización más influyente en la educación de los grupos dirigentes que la universidad. En la escuela y el hogar se forma el carácter del infante y el adolescente según ciertas visiones y hábitos, pero no se alcanza el nivel reflexivo al que cabe aspirar en la universidad. Las iglesias, las organizaciones iniciáticas y filantrópicas reconocen su insuficiencia relativa precisamente por el hecho de fundar universidades y participar en la vida y actividades de algunas de ellas. En un tiempo relativamente breve (cinco, seis, ocho años; compáreselos con los doce o catorce que dura la escuela), la universidad llega a incidir decisivamente en las mentes de quienes pasan por sus aulas. El proceso de construcción de élites no se realiza solamente por medio de la educación formal. La universidad es también el lugar donde los discípulos encuentran maestros y viceversa, donde se tejen real e inigualablemente redes sociales, comunidades de profesionales o de correligionarios.

2. Poderes externos e internos

Ese gran poder universitario no pasa desapercibido y desde siempre la sociedad mira atentamente a la universidad. Los dos grandes aglutinadores contemporáneos de poder social, el mercado y el Estado, buscan influir en ella, de diversas maneras.

El control de universidades privadas y el retiro de excedentes son formas comparativamente sencillas de incidencia del mercado en el sistema universitario. Existen modos más sutiles, como los estímulos que desde el mundo de la empresa se establecen para la actividad científica y tecnológica, orientándosela hacia la producción de patentes y resultados apropiables o, más en general, el incentivo hegemónico a una manera técnico-científica y manipulante de comprensión de la realidad, por sobre los saberes gratuitos o “inútiles”, las artes, las humanidades. El aparentemente inocente mecanismo de las donaciones puede operar como un dispositivo para apuntalar proyectos universitarios afines a los intereses de grandes grupos económicos o como instrumento para desviar o reblandecer la consciencia crítica que está llamada a ejercer la universidad, también respecto de las empresas, especialmente si, cual ocurre en Chile, muchas veces son parte de oligopolios o se hallan bajo el mando de muy pocos controladores finales. El financiamiento privado es relevante a la hora de dividir el poder de financiamiento (sobre esto volveré más tarde). Sin embargo, ha de existir claridad respecto a que, tal como el control completo o preponderante del financiamiento por parte del Estado, el del financiamiento por parte del mercado es una amenaza para la libertad universitaria.

El Estado y la política buscan influir, asimismo, en las universidades y acrecentar su control en ellas (cf. sobre esto, lo que diré más adelante, en los capítulos 3 y 5). Si la actividad política se realiza teniendo a la vista el interés general, el sistema universitario entra indudable e, incluso, legítimamente en su horizonte de problemas. Esta intervención puede, sin embargo, llegar a resultar perturbadora, como lo acredita nuestra propia historia reciente. Probablemente el caso más famoso entre nosotros, en lo que toca al intervencionismo del Estado y la política en la universidad, es el del filósofo del derecho Jorge Millas, víctima de la acción que ejerció en la loable institución la izquierda, primero, y la derecha,

más tarde. Su libro *Idea y defensa de la universidad* (Santiago 2012) está sintomáticamente articulado en dos secciones: “Antes de 1973” y “Después de 1973”; en ambas épocas la universidad se encontró bajo apremios venidos desde la lógica del poder político.

Al frente de una reforma del sistema de educación superior debe ponerse a la luz lo que muchas veces pasa desapercibido o se oculta: la universidad es campo de lucha y podría decirse, parafraseando a Carl von Clausewitz, que “la educación superior es la continuación de la política por otros medios”. La irrupción de poderes extrauniversitarios en la universidad acaba dañándola, impidiéndose o dificultándose el pensamiento libre. El daño termina siendo fundamental para la vida de la nación. Advierte Nietzsche que a las universidades “no estamos vinculados casualmente, no las llevamos sobre los hombros como un abrigo” (*Kritische Studienausgabe* I, 644-645); ellas conforman la identidad de quienes las habitan; en la época de la educación superior masificada —directa o indirectamente— la identidad de grandes grupos humanos. Impedir o limitar, según lógicas concurrentes, sus acciones más propias, el pensamiento, la contemplación, el uso público de la razón, termina perjudicando o pervirtiendo la vida cultural del pueblo.

No solo el Estado y el mercado son capaces de dañar la institución. La propia universidad es eventualmente apropiable para el juego de dinámicas de poder destructivas, generadas a partir de estilos o lógicas intrauniversitarias, que acaban dificultando severamente las búsquedas y tareas a las que está llamada. En la universidad operan, como un fenómeno originario, diversas “concepciones comprensivas del bien” (la expresión se la debemos a John Rawls), más o menos amplias. Ellas discuten entre sí y resultan, además de inevitables, en principio, y según veremos, valiosas para la conformación de un sistema universitario. Bajo ciertos contextos de organización del gobierno y el poder en la universidad, empero, es posible que acaben volviéndose hegemónicas y excluyentes.

Estas indicaciones sobre la influencia del poder en el sistema de educación superior no han de entenderse como expresión de un desconocimiento del papel de la verdad en el quehacer universitario. Al contrario: precisamente porque la misión de descubrimiento o desocultamiento es constitutiva de la universidad, resulta muy importante develar los mecanismos de poder que actúan sobre ella y en ella, que eventualmente la impiden. Poderes descontrolados terminan destruyéndola, frustrando su capacidad descubridora.

La universidad es una institución admirable, o puede llegar a serlo: constituirse en un campo abierto al libre y docto uso de la razón, a la contemplación y la consideración de la insondabilidad de la existencia, todo ello dentro de un marco organizativo que suspenda los penosos apremios de la realidad y la urgencia apabullante de los negocios humanos, y le dé a esas inquietudes vitales fundamentales alguna estabilidad y permanencia, los tiempos y espacios de gratuidad, tranquilidad y silencio requeridos por la observación y la reflexión.

Habrá que indagar en qué consiste el modo propio de existir de la universidad: en qué su actividad descubridora, sus aperturas. Dedicaré parte de estas consideraciones a esa labor. Pero, además, como la universidad está expuesta al poder, a ser abatida por el poder, es menester reflexionar sobre las condiciones que deben cumplirse, si ella ha de lograr existir en medio de las intensas dinámicas seculares. Por eso, parafrasear a von Clausewitz aquí no es cinismo, sino una mínima leal lucidez: recién la toma de conciencia respecto del poder que opera en el sistema universitario y alrededor de él, permite avanzar hacia una organización adecuada de la universidad en la cual sus labores más propias e insustituibles no resulten impedidas por la acción de aquél. Poner a la luz las dinámicas de poder externas e internas es el primer paso para emanciparse de ellas.

3. Dos características definatorias

La universidad, he indicado, se deja entender a partir de dos características. Son pensables otras más, pero sin esas dos su existencia deviene imposible. La universidad hace docencia e investigación, mas ellas deben cumplir con las características indicadas. No hay universidad cuando hay ausencia de espacio para el uso público de la razón y de algún grado de realización de él. Público es el uso de la razón que aspira a ser intersubjetivamente válido en la medida en que está fundado en la observación y la argumentación. La universidad existe en tanto encarna dicho uso. Tampoco cabe hablar de universidad si no hay un campo para el pensamiento de lo excepcional y algún grado de realización de él. Lo excepcional es aquello que ya no se deja reconducir a las reglas y estándares usuales, pero que opera, insoslayable, en el trasfondo de la realidad. La universidad existe cuando encarna el pensamiento de lo excepcional.

Esas dos características vienen a calificar la actividad docente e investigativa como universitaria. Dicho de otro modo: la universidad debe realizar docencia e investigación, pero ni toda institución docente es universidad, ni toda institución investigativa lo es. Se necesita, además, que la docencia y la investigación se realicen como expresiones del uso público de la razón y del pensamiento de lo excepcional. Un centro de capacitación hace docencia, pero no es universidad, un laboratorio farmacéutico hace investigación, pero no es universidad.⁴

Las dos características importan exigencias, a las cuales queda sometida la universidad real y concreta. Para existir, ha de responder a ellas. Las dos características cuentan con lo que llamaré

⁴ El uso público de la razón y el pensamiento de lo excepcional requieren ser realizados para que exista universidad. Llamarlos “fines” de la universidad puede resultar equívoco, pues la expresión incluye ciertos objetivos que se hallan desplazados hacia un tiempo futuro. Antes que meros fines, en este sentido desplazado, ellos son modos de acción, de una acción que ha de tener lugar en el presente.

“garantías” de su realización. Ellas son algo así como disposiciones humanas que operan en favor o bien del uso público de la razón o bien del pensamiento de lo excepcional, cuando se cumplen ciertas condiciones.

Esas condiciones que permiten la operación de las llamadas garantías, se definen por la respectiva característica de la universidad que depende de ellas. O sea, las condiciones de la universidad son condiciones del uso público de la razón y condiciones del pensamiento de la excepción o, dicho de otra forma: condiciones de la libertad política y económica, y condiciones de la libertad del espíritu. Si el ejercicio público de la razón requiere libertad política y económica, vale decir, un campo despejado tanto respecto del poder del Estado, los partidos y los intereses corporativos, cuanto de la influencia de los grupos económicos, el pensamiento de la excepción exige libertad espiritual, esto es, un ámbito en el cual, además de haber independencia respecto del poder político y económico, sea realizable un pensamiento abierto a la insondabilidad de una existencia cuyas posibilidades y maneras de emergencia no resultan ni deliberativa ni técnicamente clausurables.